



fundación

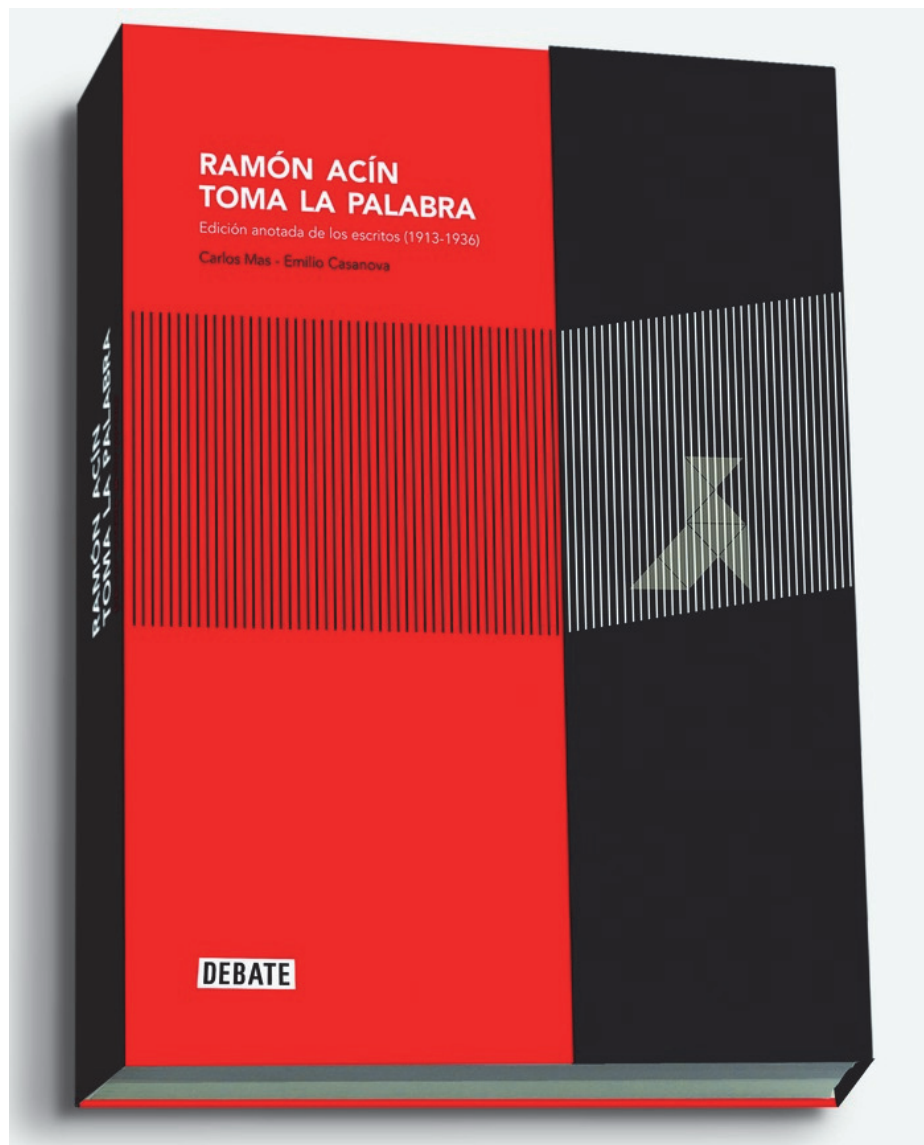
Ramón y Katia Acín

Ramón Acín *Toma la palabra* en estas páginas de la web



Desde el próximo fin de semana, todos los textos que Ramón Acín escribió para la prensa y otros medios se publicarán en sucesivas entregas de nuestra web. Todos estos textos, reunidos y razonados, vieron la luz, compilados por Carlos Mas y Emilio Casanova en 2015, en el sello *Debate* del grupo editorial *Penguin Random House*, bajo el título “Ramón Acín Toma la palabra. Edición anotada de los escritos (1913-1936)”.

Ramón Acín toma la palabra. Todos los escritos publicados de Acín en la web.



Ciento cincuenta y cinco son los artículos y textos que recoge la publicación *Ramón Acín toma la palabra. Edición anotada de los escritos (1913-1936)*, editada en sello *Debate*-del grupo editorial *Penguin Random House* en 2015.

Ramón Acín publicó su primer texto en la revista *La Ira*. Era mitad de julio del año 1913, y publicaría el último artículo –en *El diario de Huesca*, medio que fue habitual en su tarea como escritor de prensa– el 14 de junio de 1936, homenajeando a su querida hermana Enriqueta, fallecida tres días antes. Ramón sería asesinado unos 45 días después, el 6 de agosto, fusilado en las tapias del cementerio de Huesca tras la sublevación fascista contra la constitucional II República española.

Hay que subrayar que los escritos que hoy conocemos de Ramón no componen un todo de sus escritos publicados, sino de los recuperados –con bastante seguridad son la mayoría-, los encontrados. Por dar algún ejemplo, Acín pudo colaborar –aunque el profesor José Domingo Dueñas lo pone en duda con razones plausibles- entre 1914 y 1915, con el semanario *Talión*. También fue coeditor con Felipe Alaiz de la revista decenal *Floreal*, entre 1919 y 1920. De sus escritos en *Floreal* conservamos un artículo de su sección *Espigas Rojas* (diciembre de 1919) -aunque queda la duda de si el recorte era de la original revista o una edición posterior, dada la falta de información sobre datación y medio en que aparece ese recorte- y otro por una reedición publicada en el semanario zaragozano *El Comunista* (3 de abril de 1920)

Con una periodicidad media de una semana iremos ofreciéndooos los escritos con las anotaciones de la edición del libro y, cuando proceda, con más informaciones que faciliten la comprensión de sus contenidos con el riguroso orden cronológico con que aparecen en el libro □



Los textos de prensa de Ramón Acín, escritos a lo largo de veintitrés años, publicados en un libro

Antón CASTRO. *Heraldo de Aragón. Cultura y ocio*. Viernes 3 de abril de 2015

El volumen se presentará el jueves nueve en el Museo Pablo Gargallo con los editores y el profesor y escritor Severino Pallaruelo.

En agosto de 2016 se cumplirán 80 años del asesinato de Ramón Acín (1888-1936). Su figura y su magisterio parecen agigantarse con el paso del tiempo. Su obra pictórica se expone en la exposición colectiva 'Ideal de Aragón' en el Paraninfo y sus escritos de prensa –aparecidos en 'La ira', 'Solidaridad Obrera', 'Revista Aragón', 'Ideal de Aragón', 'El Diario de Huesca' o HERALDO, entre otros- acaban de ser publicados en un libro de gran formato: 'Ramón Acín toma la palabra. Edición anotada de los escritos (1913-1936)', que han preparado Carlos Mas y Emilio Casanova, que es quien desarrolla y mantiene la página web de la Fundación Ramón y Katia Acín, responsable con el sello Debate de un volumen que recoge 155 artículos, algunas entrevistas, textos de arte y manifiestos, y ensayos de fondo de José Domingo Dueñas, José Luis Ledesma, Ismael Grasa, Víctor Pardo Lancina y los propios Mas y Casanova.

«El Ramón Acín pedagogo, artista o movilizador anarcosindicalista encontró en la escritura y, sobre todo, en la prensa, un medio eficaz para transmitir sus ideas, para denunciar o proponer y en no pocos casos para solazar al lector. Comprendía perfectamente el valor de la comunicación», señalan Emilio Casanova y Carlos Mas. El propio Acín, en un artículo de 1926, confiesa: «Yo, al escribir no hago literatura; escribo sujetándome el hígado o apretándome el corazón. Si canto suave o fuerte, canto sin saberlo, como los buenos árboles cuando les sopla el céfiro o les azota el aquilón». En otro lugar declara: «No se me ocurre escribir nada si no es un tono alegre». Ya en 1913 había publicado 'Así soy yo' en un suelto y declaraba: «... mi lápiz y mi pluma (los dos torpes, de principiante) se mojan en dos colores: uno rosa, como las mejillas de las adolescentes; el otro negro rojizo, como el color de los ataúdes a medio pudrir y gangrenosas venas de puñalada. (...) si alguna vez dejase de ser revolucionario, con la puntera de la bota metido en la anarquía, sería para irme a un monte, vivir en una ermita y llamar, como el místico al agua "hermana agua" y al lobo "hermano lobo" ». En 1930, con motivo de la exposición en el Rincón de Goya, redondeó aún más su autobiografía: «Mi arte no es de iniciación; no es para los que van al arte, sino para los que están de vuelta».

Un gran humanista

Insisten los editores: «Acín, como gran humanista que fue, hizo suyo el proverbio latino "*Hombre soy; nada humano me es ajeno*". Aunque temas como la pedagogía, la política, los temas agrarios y otros de tinte costista son abundantes, Acín escribió sobre todo. En muchos casos, esos temas aparentemente pequeños adquieren en su mano una riqueza magnífica». Habla de las corridas de toros, de algunas fiestas, entre ellas la Semana Santa, compone jotas, rinde homenaje a sus maestros como el pintor Félix Lafuente -del cual firmó varios artículos y recordó que tenía estudio en Zaragoza-, o a amigos como el escultor Felipe Coscolla, los escritores López Allué, Silvio Kossti, el joven violinista Pepe Porta y llora la muerte en las trincheras francesas, en 1915, de Manuel Cuber, poeta, orador, republicano y militar que derrochaba «rebeldía y vitalidad».

A la vez firmaba manifiestos para promover una Agrupación Republicana en Huesca, celebrar a Goya o pedir el indulto para Juan Bautista Acher, pintor y dibujante condenado a muerte; defiende «la cultura como instrumento de liberación», viaja mucho, por El Prado, por Barcelona o por Toledo, y especialmente por los alrededores de Huesca; narra con especial emoción, en 1924, un 'Un entierro en Ansó', que cierra con versos de Valle-Inclán: «Todo en la vida es mudanza / hasta ser muerto». Al fin y al cabo, uno de sus méritos consiste en que él halló el paraíso o una forma de paraíso en su tierra, en Aragón.



Registros muy variados

«Los registros de Ramón son muy variados –comentan sus editores-. Sus dos primeros artículos de prensa aparecieron publicados en 1913 por el semanario barcelonés 'La Ira, órgano de expresión del asco y la cólera del pueblo'. Y los dos artículos hacían honor a tan bombardera cabecera. Sin embargo, y tras esa entrada en fuego, Acín fue realizando un periodismo que, sin renunciar nunca a sus principios anarquistas, supo conectar con un amplio tipo de lectores. La ordenación cronológica de esta edición ofrece una interesante visión de cómo fue evolucionando su escritura».

Con el paso de los años, Ramón Acín cinceló mejor su pensamiento político; participó en la insurrección de Jaca en 1930 y estuvo varias ocasiones en la cárcel. Como recuerda Ismael Grasa, «para Ramón Acín la humanidad ha comenzado a adentrarse en una nueva tierra prometida, y aquí está su espíritu revolucionario, libertario y vanguardista». Acín creía en la amistad, en Goya y Leonardo, en Félix Lafuente, descubrió al joven poeta Julio Castro (Julio Alejandro, guionista de Luis Buñuel), era capaz de ofrecerse para alcalde de Huesca o despedía a su difunta hermana Enriqueta, por la que sentía un cariño sin límites. Revela: «Mi hermana Enriqueta guardaba, del primero al último, todos los recortes de mis artículos, cosa que, más quizá por sobra de abandono que por falta de vanidad, no lo hacía yo». Esos 'escritos' son el material sensible de este amanuense de las emociones que poseía humor, ironía y una cierta inclinación hacia el aforismo. □



Presentación del libro en el Museo Pablo Gargallo de Zaragoza, jueves 9 de abril de 2015. Desde izda.: Emilio Casanova, Conchita García-Bragado Acín, Severino Pallaruelo y Carlos Mas



Terribles vecinos españoles

Manuel Jabois. El País, domingo 26 abril 2015. Periodismo, pg. 9. Id FRKA np115

Un libro rescata el costumbrismo anarquista del periodista Ramón Acín

Hay una imagen de Ramón Acín Aquilué (Huesca, 1888-1936) que lo muestra absorto con los brazos cruzados, sentado en una silla de madera y mimbre con la mirada hundida en su mujer, Conchita Monrás. Ella, con un traje blanco, tiene las manos apoyadas en las piernas y lo mira a él. Están en un rincón de su casa familiar de Huesca fotografiados por Ricardo Compairé en 1927. En medio de ellos hay una jaula, y dentro de la jaula, una pajarita de papel.

Acín era entonces el anarquista flaco que conservaba las patillas de la juventud y ella mantenía la belleza exhausta, quieta, en su rostro, como si se le hubiese congelado una parte amputada de la infancia. Se habían enamorado escribiéndose notas, aquellas que Ramón enviaba a Santo Domingo, 8, en las que la llamaba “chiteta” o “gitanilla”, y se casaron en casa de ella. Días antes había muerto la madre de Acín. Tuvieron dos hijas artistas, Katia y Sol Acín.

El documentalista Emilio Casanova recuerda que muchos años después de su muerte, en 1983, un chico catalán escribió a Katia recordando a su padre con una altura aproximada de 1,70. Hubo otro, Ramón Liarte, que había presentado a Acín en un mitin multitudinario, que lo recordaba aún más alto. Y, finalmente, Lorenzo Avellanas, hijo de un camarada de Acín en la CNT, lo evocaba casi un gigante. Acín era un hombre de muy baja estatura que no debía de pasar del 1,60. “Pero tienen razón todos”, dice Casanova.

Ramón Acín fue periodista, pintor, escultor y pedagogo. La editorial Debate acaba de reunir casi toda su obra en los periódicos en un libro enorme y salvaje que abarca desde sus años más incendiarios hasta el dejarse ir a una madurez casi artística: *Ramón Acín toma la palabra*. Uno de sus primeros textos advierte sobre sí mismo lo que será su manera de estar en el mundo. “Odio todas las cosas, que las cosas todas tienen su lado odioso; las amo a todas, que todas tienen algo que las hace amables (...). El término medio en todo, donde están los horteras, los prácticos, los adaptados, me asquea; si alguna vez dejase de ser revolucionario, con la puntera de la bota metido en la anarquía, sería para irme a un monte, a vivir en una ermita y llamar, como el místico, al agua ‘hermana agua’ y al lobo ‘hermano lobo’. Soy español, y como si no fuese bastante esto para estar orgulloso, soy aragonés”.

Fue hijo de una familia acomodada que encontró a los 10 años la primera de sus vocaciones en la figura de Félix Lafuente, un profesor de dibujo y pintura recurrente en su vida. Solo dos años después, a los 12, se topó con Felipe Alaiz, su amigo para siempre. Alaiz escribe de él que en 1931, con la proclamación de la República, muchos de los exiliados de España se reunieron en Madrid:

Hablaron por los codos. Todos menos Acín tenían enchufes.

—¡Que diga algo Acín! —pidió Indalecio Prieto.

Levantose Ramón con aquella noble lentitud característica y aconsejó sencillamente:

—Adecenad las cárceles.





Ramón Acín y Conchita Monrás, en la casa familiar de Huesca en el año 1927. Foto: Ricardo Compañé

Terribles vecinos españoles

Un libro rescata el costumbrismo anarquista del periodista Ramón Acín

Por MANUEL JABOIS

Hay una imagen de Ramón Acín Aguilué (Huesca, 1886-1936) que lo muestra absorto con los brazos cruzados, sentado en una silla de madera y mirando con la mirada hundida en su mujer, Conchita Monrás. Ella, con un traje blanco, tiene las manos apoyadas en las piernas y lo mira a él. Están en un rincón de su casa familiar de Huesca fotografiados por Ricardo Compañé en 1927. En medio de ellos hay una jaula, y dentro de la jaula, una pajarita de papel.

Acín era entonces el anarquista floco que conservaba las patillas de la juventud y ella mantenía la belleza exhausta, quieta en su rostro, como si se le hubiese congelado una parte amputada de la juventud. Se habían enamorado escribiéndose notas, aquellas que Ramón enviaba a Santo Domingo, 8, en las que la llamaba "chiteta" o "gitinilla", y se casaron en casa de ella. Dos años había muerto la madre de Acín. Tuvieron dos hijas artistas, Katia y Sol Acín.

El documentalista Emilio Casanova recuerda que muchos años después de su muerte, en 1983, un chico catalán escribió a Katia recordando a su padre con una altura aproximada de 1,70. Hubo otro, Ramón Liarte, que había presentado a Acín en un mitin multitudinario, que lo recordaba aún más alto. Y, finalmente, Lorenzo Avellanar, hijo de un camarada de Acín en la CNT, lo evocaba así: un gigante. Acín era un hombre de muy baja estatura que no debía de pasar del 1,60. "Pero tienen razón todos", dice Casanova.

Ramón Acín fue periodista, pintor, escritor y pedagogo. La editorial Debate acaba de reunir casi toda su obra en los periódicos en un libro enorme y salvaje que abarca desde sus años más incendiarios hasta el dejarse ir a una madurez casi artística: *Ramón Acín toma la palabra*. Uno de sus primeros textos advierte sobre sí mismo lo que será su manera de estar en el mundo. "Odio todas las cosas, que las cosas todas tienen su lado odioso;



La familia Acín en Madrid. De izquierda a derecha, Conchita Monrás, Sol Acín, Ramón y Katia, con unos años.

"Yo, al escribir, no hago literatura; escribo sujetándome el hígado o apretándome el corazón", dejó escrito

lao a todas, que todas tienen algo que las hace amables..."). El término medio en todo, donde están los horteres, los prácticos, los adaptados, me asquea: si alguna vez dejase de ser revolucionario, con la puntera de la bota metido en la anarquía, sería para irme a un monte, a vivir en una ermita y llamar, como el místico, al agua "hermana agua" y al lobo "hermano lobo". Soy español, como si no fuese bastante esto para estar orgulloso, soy aragonés".

Fue hijo de una familia acomodada

su época ni sus ideales libertarios, ni el modo que tuvo de conducirse en la vida con su familia, siempre unos años por delante, en la más desaliñada tarea de buscar la felicidad por un camino propio. El último artículo de Ramón Acín se publicó el 14 de junio de 1936, tres días después de la muerte de su hermana Enriqueta, a la que quería con devoción. "Ha muerto mi hermana Enriqueta. Yo estoy admirado y loco como si la muerte la hubieran inventado anteaer", empieza.

Faltaban dos meses para que el mismo muriese. Felipe Alaiz escribe: "Aragón tenía una vieja ciudad de muralla interior-Huesca. Capital de provincia propiamente dicha. Nido de burocratas y militares. Oficina de caciques y arbitristas. Instituto de segunda enseñanza. Allí estudiamos Ramón Acín y yo en años distraídos". Víctor Pardo evoca en el libro la relación de Acín con Huesca, una relación que alterna el amor más exacerbado con la lucidez de encontrarse en una ciudad inmovilista y por tanto peligrosa ("esta ciudad de tercera y estas gentes de cuarta", escribe Acín). Mariano Añoto llega a decir: "Ciudad ñoña, caciquil, burguesa, clasista, racista...". Acín, según Pardo, nunca creyó que el fascismo mostrara su rostro más abyecto y que los buenos vecinos de Huesca, a los que tan bien conocía y a los que saludaba a diario en la calle, pudieran llegar a perseguirle con saña y hacer de él la primera víctima del golpe militar en la ciudad. "Esos terribles vecinos españoles", zanjó Max Aub.

Ramón Acín fue el primero al que fueron a buscar cuando los sublevados tomaron Huesca. Era, según los informes policiales, "el jefe de los anarquistas" y "el extremista más peligroso de Huesca". El no debía de estar allí, sino veraneando en la Pobleja de Montonés, Tarragona, pero escribió a un íntimo: "Da mucha pereza irse de Huesca". Fue el tercer fusilado de la ciudad porque no lo encontraron antes. Se había agazapado en su casa junto a un zapatero, Juan Arnalda, que huyó un día antes. Hasta allí fueron sus asesinos, que comenzaron a torturar a Conchita Monrás y Ramón Acín.

"Yo, al escribir, no hago literatura; escribo sujetándome el hígado o apretándome el corazón", dejó escrito.

—Que digas algo Acín— pidió Indalecio Prieto.

Levantose Ramón con aquella noble lentitud característica y aconsejó sencillamente: —Adecéntate las cárceles.

Casanova sabe por qué lo decía: conocía bien las cárceles, y las volvería a conocer varias veces después. Dehete ha rescatado al periodista, y con él, una de las biografías más pasmosas y libres sajadadas por los fascistas en la Guerra Civil. Son textos publicados en su mayoría en *El Diario de Huesca*, entre combativos, costumbristas y líricos. No se entienden sin

Casanova sabía por qué lo decía: conocía bien las cárceles, y las volvería a conocer varias veces después. *Debate* ha rescatado al periodista, y con él, una de las biografías más pasmosas y libres sajadadas por los fascistas en la Guerra Civil. Son textos publicados en su mayoría en *El Diario de Huesca*, entre combativos, costumbristas y líricos. No se entienden sin su época ni sus ideales libertarios, ni el modo que tuvo de conducirse en la vida con su familia, siempre unos años por delante, en la más desaliñada tarea de buscar la felicidad por un camino propio. El último artículo de Ramón Acín se publicó el 14 de junio de 1936, tres días después de la muerte de su hermana Enriqueta, a la que quería con devoción. "Ha muerto mi hermana Enriqueta. Yo estoy admirado y loco como si la muerte la hubieran inventado anteaer", empieza.

Faltaban dos meses para que él mismo muriese. Felipe Alaiz escribe: "Aragón tenía una vieja ciudad de muralla interior: Huesca. Capital de provincia propiamente dicha. Nido de burócratas y militares. Oficina de caciques y arbitristas. Instituto de segunda enseñanza. Allí estudiamos Ramón Acín y yo en años distraídos". Víctor Pardo evoca en el libro la relación de Acín con Huesca, una relación que alterna el amor más exacerbado con la lucidez de encontrarse en una ciudad inmovilista y por tanto peligrosa ("esta ciudad de tercera y estas gentes de cuarta", escribe Acín). Mariano Añoto llega a decir: "Ciudad ñoña, caciquil, burguesa, clasista, racista...". Acín, según Pardo, nunca creyó que el fascismo mostrara su rostro más abyecto y "que los buenos vecinos de Huesca, a los que tan bien conocía y a los que saludaba a diario en la calle, pudieran llegar a perseguirle con saña y hacer de él la primera víctima del golpe militar en la ciudad". "Esos terribles vecinos españoles", zanjó Max Aub.

Ramón Acín fue al primero al que fueron a buscar cuando los sublevados tomaron Huesca. Era, según los informes policiales, "el jefe de los anarquistas" y "el extremista más peligroso de Huesca". Él no debía de estar allí, sino veraneando en La Pobleja de Montonés, Tarragona, pero escribió a un íntimo: "Da mucha pereza irse de Huesca". Fue el tercer fusilado de la ciudad porque no lo encontraron antes. Se había agazapado en su casa junto a un zapatero, Juan Arnalda, que huyó un día antes. Hasta allí fueron sus asesinos, que comenzaron a torturar a Conchita, la pianista, la "chiteta". Acín salió del escondrijo a enfrentarse con ellos. Lo

fusilaron esa misma noche sin juicio. A su mujer la asesinaron dos semanas después junto a cien personas más. Les quitaron las propiedades y les condenaron a un olvido de más de medio siglo. No volvió a sonar el piano de Conchita Monrás y Ramón Acín.

"Yo, al escribir, no hago literatura; escribo sujetándome el hígado o apretándome el corazón", dejó escrito.



Literatura. Un tesoro recuperado. Si no saben quién era Ramón Acín

Juan Bonilla. *El Mundo*. Domingo 28 junio 2015. Pgs. 50-51. Id FRKA np119

Si no les suena el nombre de Ramón Acín, no se sientan culpables: hasta ahora no se le había hecho justicia, como no se le ha hecho justicia a nuestra prosa anarquista. Tampoco se le ha hecho mucha justicia a quien fuera su gran amigo y primer biógrafo, Felipe Alaiz, a quien Javier Cercas le dedicó un artículo que lo sacó un momento del purgatorio donde tantos buenos escritores flotan esperando la mano de nieve... Pero es la hora de Acín, y a la pregunta ¿quién fue Ramón Acín? responde la editorial Debate con 'Ramón Acín toma la palabra', 155 textos en los que rescata su prosa de intervención, pura actualidad de sus años 20 y 30 que sin embargo, gracias al nervio con que fue escrita, todavía sabe susurrar unas cuantas cosas importantes.

El volumen se acompaña de unos cuantos textos de especialistas que exploran en la vida, la personalidad y la obra del artista aragonés, y es lástima que no incluya completo -pero se editó hace años un facsímil que todavía se encuentra- su librito de 1923 'La corrida de toros' en 1970, un cómic avant la lettre, en la estela de Bagaría, donde con mucha zumba se mete, mediante una serie de viñetas futuristas, con la fiesta nacional y, con demasiada ingenuidad, apuesta por la conversión del deporte en sustituto ideal de esa fiesta.

La vanguardia en España, como en casi todas partes, se dividió en dos grupos claramente definidos: el de los esteticistas que creían en el arte por el arte y el de los políticos que pensaban que si el arte no transformaba de verdad la vida no era más que onanismo incapacitado incluso para criticar a los antiguos a los que quería destruir (y entre estos estaban los falangistas, los comunistas y los anarquistas).

Acín militó sin dudarlo un momento en el segundo grupo, sección anarquismo libertario, a pesar de su admiración por uno de los capitanes más inevitables del primero de los grupos: Ramón Gómez de la Serna. Pensaba que la prosa debía ser de intervención en la realidad, aunque no escatimaba alabanzas para aquellos que conseguían hacer arte con ella: hay un artículo en el que entiende que de las dos maneras de enfrentarse a la realidad, simbolizadas por Alaiz y por Ramón, ninguna saca ventaja sobre la otra 'per se', si bien también entiende que lo ideal sería una simbiosis entre ellas.

Acín quedó en la historia de nuestras vanguardias -véase la entrada que le dedica Juan Manuel Bonet en su indispensable Diccionario- como un artista y tipógrafo de personalidad definida. Que su frente de combate fuera sobre todo una provincia como Huesca, no le resta méritos, sino que se los añade: publicar alguna de sus viñetas fantásticas y cubistas en una revista de vanguardia estaba al alcance de todo el que supiera hacerlo, publicarla en un periódico de provincias no dejaba de atender de veras al reclamo más fervoroso de las vanguardias y llevar el nuevo arte a los lugares más recónditos. No cejó en su empeño Acín de conjugar sus maneras vanguardistas con su fondo anarcosindicalista. La lucha en pos de un mundo más justo -sin escapar de fervorosas ingenuidades, como el pacifismo- se expresó siempre con economía sensata y muy distinguido humor. A éste tuvo que agarrarse pronto pues ya en 1912 se hizo cargo en el diario de su ciudad de una sección de 'Notas humorísticas'. Sus dibujos declaraban su admiración por Bagaría, a quien también homenajearon en prosa.

Logró llevar el cubismo a un diario de Huesca, financió a Buñuel y se entregó sin saberlo a sus asesinos.

Fue en 1921 cuando proyectó en el Teatro de Huesca unos dibujos que querían ser un esquema de una película animada que no llegó a hacerse pero que dio lugar a su libro sobre los toros en el futuro. A los dibujos antepuso un texto en el que hace un canto del deporte y estima la fiesta nacional como una cosa obsoleta e insufrible. También peleó por la libertad de su camarada el dibujante Shum, a quien Primo de Rivera había condenado a muerte por terrorista sin que hubiera prueba alguna contra él. Le costó unos días de cárcel.



LITERATURA UN TESORO RECUPERADO

SI NO SABEN QUIÉN ERA RAMÓN ACÍN

Fue, en el lío de la vanguardia, un ingenio divino engullido por la historia. Ahora es su momento

JUAN BONILLA

Si no les suena el nombre de Ramón Acín, no se sientan culpables: hasta ahora no se le había hecho justicia, como no se le ha hecho justicia a nuestra prosa anarquista. Tampoco se le ha hecho mucha justicia a quien fuera su gran amigo y primer biógrafo, Felipe Alaiz, a quien Javier Cercas le dedicó un artículo que lo sacó un momento del purgatorio donde tantos buenos escritores flotan esperando la mano de nieve... Pero es la hora de Acín, y a la pregunta ¿quién fue Ramón Acín? responde la editorial Debate con *Ramón Acín toma la palabra*, 155 textos en los que rescata su prosa de intervención, pura actualidad de sus años 20 y 30 que sin embargo, gracias al nervio con que fue escrita, todavía sabe susurrar unas cuantas cosas importantes.

El volumen se acompaña de unos cuantos textos de especialistas que exploran en la vida, la personalidad y la obra del artista aragonés, y es lástima que no incluya completo -se editó hace años un facsimil que todavía se encuentra- su librito de 1923 *La Corrida de toros en 1970*, un có-

mic *avant la lettre*, en la estela de Bagaría, donde con mucha zumba se mete, mediante una serie de viñetas futuristas, con la fiesta nacional y, con demasiada ingenuidad, apuesta por la conversión del deporte en sustituto ideal de esa fiesta.

La vanguardia en España, como en casi todas partes, se dividió en dos grupos claramente definidos: el de los esteticistas que creían en el arte por el arte y el de los políticos que pensaban que si el arte no transformaba de verdad la vida no era más que onanismo incapacitado incluso para criticar a los antiguos a los que quería destruir (y entre estos estaban los falangistas, los comunistas y los anarquistas).

Acín militó sin dudarlo un momento en el segundo grupo, sección anarquismo libertario, a pesar de su admiración por uno de los capitanes más inevitables del primero de los grupos: Ramón Gómez de la Serna. Pensaba que la prosa debía ser de intervención en la realidad, aunque no escatimaba alabanzas para aquellos que conseguían hacer arte con ella: hay un artículo en el que entiende que de



El artista aragonés Ramón Acín, referente de la vanguardia en España. EL MUNDO

las dos maneras de enfrentarse a la realidad, simbolizadas por Alaiz y por Ramón, ninguna saca ventaja sobre la otra *per se*, si bien también entiende que lo ideal sería una simbiosis entre ellas.

Acín quedó en la historia de nuestras vanguardias -véase la entrada que le dedica Juan Manuel Bonet en su indispensable *Diccionario*- como un artista y tipógrafo de personalidad definida.

Que su frente de combate fuera sobre todo una provincia como Huesca, no le resta méritos, sino que se los añade: publicar alguna de sus viñetas fantásticas y cubistas en una revista de vanguardia

Acín se dispersaba en tareas varias. Creo que era un excelente escultor y algunas de sus maquetas fotografiadas en este volumen dan prueba de ello. También hay pruebas de su infatigable combatividad. A veces el artículo se queda en agua de borrajas, pero otras tiene la concisión de un poema que merece lamer las paredes de cualquier ciudad: el texto que escribe sobre la guerra con Marruecos, diciéndole a los ricos «id vosotros», es espléndido. Hay aquí y allá, entre los 155 textos dispersos hasta hoy en revistas y diarios, inalcanzables, ráfagas de auténtico poeta, observaciones de buen hombre, sensateces de ciudadano al que no engañan con merengues pero que después se engaña a sí mismo con su excesiva confianza en el ser humano.

Fue en 1930 cuando se produjo la sublevación de Fermín Galán en Jaca, contada en vibrante narración por Graco Marsá. Acín tiene entonces que exiliarse, pero vuelve con la proclamación de la República, y más tarde, gracias a un premio de la Lotería, decide financiar 'Las Hurdes', de Luis Buñuel, a quien había conocido en París. Desde entonces hasta el día en que sería fusilado, en 1936, no cejará en su lucha revolucionaria, multiplicándose de manera decidida, dejando su voz pero también su buena mano de tipógrafo y su aliento de gestor cultural, en cuanto sitio se pedía su contribución o su ayuda. Su final fue una buena prueba de su peligrosa ingenuidad: cuando se tiene noticia en Huesca de la sublevación militar, los anarquistas del lugar corren al Gobierno Civil en pos de armas con las que defenderse. El gobernador convenció a Acín de que Huesca no caería en manos de los rebeldes:

pero al día siguiente cayó. Y Acín fue uno de los primeros en ser fusilado. Su mujer, compañera constante en todas sus luchas, lo seguiría, junto a decenas de otros, un par de semanas más tarde.

El volumen que ahora publica Debate, muy bien cuidado, pone a nuestro alcance la voz de uno de los más destacados representantes de nuestra vanguardia que entendió que ésta no era nada si no trataba de, a la vez que producía bonitos cromos, cambiar el orden de las cosas, barrenas las jerarquías, abolir las clases sociales, alcanzar el futuro, que no era para él un punto de referencia, como el horizonte, sino un lugar real, al que podía llegarse.

Ese fue su error: no ver que el futuro no es otra cosa que la trampa que necesita cualquier autoridad para ejercerse como tal autoridad. Pero estas prosas, y sobre todo sus esculturas y sus dibujos y su pintura, conservan toda la fuerza de la voz y el talante de alguien que fue algo más que una simple anécdota o una biografía novelable de nuestra historia reciente. □

